

cristiano en el ser que adorna el espíritu; la moral para los antiguos regula solamente las relaciones entre los hombres, y para los cristianos las relaciones entre las sociedades; la religion es para los antiguos puramente exterior, y para los cristianos es interior, de conciencia; la humanidad para los antiguos está separada en castas, y para los cristianos unida en espíritu; Dios es para los antiguos el mundo, y Dios está para los cristianos sobre el mundo como el espíritu sobre el cuerpo, como la conciencia sobre el espíritu, como el cielo sobre la conciencia. Por eso la idea cristiana ha sido como el corrosivo que ha desorganizado y descompuesto la antigua sociedad. La religion había pasado de la sencillez natural á una teocracia vigorosa, y de una teocracia vigorosa á un protestantismo artístico que reclamaba una nueva religion; el arte, de descomposiciones en descomposiciones, había ido á dar en la sátira, que al poner en lucha la forma con la idea, pedía un arte mas espiritual y divino; la ciencia desde Tales á Xenofanes había estudiado la naturaleza, desde Xenofanes á Platon el espíritu, desde Platon á Plotino, Dios; y servía así de base á la nueva fé; el imperio había pasado de la dictadura revolucionaria de los primeros césares al estoicismo, y del estoicismo al pretorianismo, en que roto los antiguos lazos venia la reaccion del esclavo contra Roma y de las naciones contra la unidad del imperio; y miéntras todo lo antiguo se descomponia y se vaciaba, hasta la sangre de las antiguas razas, solo quedaba la unidad divina en Jerusalem, la unidad humana en Roma, la síntesis de estas dos grandes ideas destructora la una de los dioses, y destructora la otra de las castas, en el Cristianismo, que con San Pedro se unió fuertemente á los hebreos, y con San Pablo á los latinos, y con San Juan á los griegos, combatiendo todo cuanto le cerraba el paso en combate formidable, en que no se vertía sobre la tierra estéril sangre, sino vivificantes ideas; combate en que los apóstoles vencían á los cristianos materialistas que buscaban un trono para Jesus y á los judíos que no querían dejar salir la revelacion de la sinagoga; y los padres apostólicos á los dualistas que ponían el trono de Satanás á la misma altura que el trono del Eterno; y los apologistas á los místicos que disolvían á Dios en el espíritu humano, y el espíritu humano en la naturaleza; y Tertuliano á la serpiente pagana que revestía su última forma, para tentar la era regenerada por la sangre de Cristo; y San Atanasio á los arrianos que anhelaban por arrancar la conciencia, la idea del verbo; y San Agustin á los pelagianos que rompían los lazos de la naturaleza apartando la criatura del creador; has-

ta que esta idea cristiana presentida por los grandes poetas en su Prometeo y en su Edipo, anunciada por los profetas en todos sus libros, llamada por todos los fundadores de las nuevas religiones, servida por las ideas de los filósofos y por la espada de los conquistadores, se encuentra con los bárbaros, los desbasta, los regenera, y hermanando la libertad nativa de los bosques con el espiritualismo, funda esta historia moderna que va á cumplir estas tres grandes ideas: la reintegracion del individuo en sus derechos; de la humanidad en su espíritu universal y único, y de la idea de Dios en el santuario de la conciencia.

Señores, Roma, evocada por Dios para cumplir tan grandes fines, históricos, aquella ciudad á cuyo corazon se agolpara la sangre de tantas razas, en cuya mente ardieran las ideas de tantas generaciones, rodeada de los dioses de todos los templos y de los pueblos de todas las zonas, siervos á sus plantas; Roma, en cuyo carro de guerra había ido la unidad del mundo; degradada por los tiranos, vendida por los sofistas, opresa por los soldados, vencida por la misma esclavitud á que fiara su vida, cayó ebria, imbécil, en el lodo, sin que le valieran su gloria ni su grandeza; muerta de esa muerte asquerosa que castiga tarde ó temprano á todos los pueblos vendidos bajo el infame yugo del despotismo. ¿Y quién había vencido á la Roma de las naciones, á la señora de las gentes, á la heredera de todas las grandezas del mundo? La habían vencido unos pescadores venidos del Mediodia, y unos bárbaros venidos del Norte; los hijos de aquellos judíos que Roma despreciara siempre, y los hijos de aquellos gladiadores que Roma solo creyera dignos de divertirla en el circo, ó de alimentar las murenas de sus estanques; pobres los unos, desnudos los otros; armados los unos con el bordon del peregrino, y los otros con los chuzos de sus selvas; desconocidos unos y otros de Roma que desde sus orgías no se dignaban mirar tan groseras gentes; pero unos y otros destinados á ser vencedores del antiguo mundo, porque los pescadores traían una idea de Dios mas pura, y los bárbaros un sentimiento de libertad mas vivo; y los poderosos de la tierra, por grandes que sean, jamas podrán vencer á los combatientes que escriban en sus banderas estas dos mágicas palabras: "Dios y libertad." Al despedirme, al separarme de vosotros, al pronunciar las últimas palabras que tal vez desde este sitio pronuncie en toda mi vida, las últimas palabras á que quisiera dar toda la solemnidad del testamento de mi juventud: solo os ruego, señores, que como hombres, como españoles, os abraceis fuertemente á es-

ta noble causa de la libertad, sin la cual no hay dignidad en los hombres, no hay grandeza en los pueblos, y mucho ménos en pueblos como el español, postrado por tres siglos de negra tiranía que devoró nuestro espíritu y consumió nuestra vida. Confieso, señores, que al comenzar mi vida pública, cuando escasamente contaba veinte y dos años, la libertad era en mi corazón un instinto ciego, indefinible, como el primer amor que late en el corazón antes de que aparezca el objeto amado; pero despues, cuando he vestido la toga viril, cuando he probado los desengaños del mundo, cuando he abierto por necesidades de mi ministerio ese libro de la historia que es la experiencia de la humanidad, cuando he interrogado á mi razón madura ya, á mi razón qué cada día pierde una flor, pero gana un fruto; cuando he interrogado á mi razón me he convencido de que sin libertad religiosa solo puede haber fanáticos ó hipócritas; sin libertad de enseñanza, solo puede haber oscuros oráculos ó inmóviles sofistas; sin libertad política, solo puede haber tiranos y esclavos; sin libertad económica, solo puede haber explotadores y explotados; sin toda la libertad íntegra y completa, como la recibimos del Criador, solo puede haber para los ricos la vida de los harenes, para los pobres la vida de las ergástulas, para todos, la corrupción y el envilecimiento. Mirad, señores, mirad el estado á que nos han traído las libertades á medias. Puede decirse que estamos perseguidos con el castigo de los parricidas. Y merecemos el castigo de los parricidas, porque hemos dejado morir en el abandono y en la miseria á nuestra santa madre, que se llama la libertad. Generación infortunada; mira lo que te aguarda; mira lo que brilla sobre tu cabeza; una espada teñida de sangre, y sobre tu conciencia la nube de la censura. ¿Y lo consentiremos? Sí, lo consentiremos, porque aquí hay sobra de talento, sobra de fantasía, sobra de oradores, y solo hay falta de una cosa, solo hay falta de carácter. El virus doctrinario ha corrompido á la nación de mas carácter de toda la tierra: ¡cuán horroroso será ese virus! Jóvenes que defendeis la libertad, tened carácter. No tembleis por los enemigos que os procuran vuestro glorioso ardimiento. Nada hay mas noble que merecer el odio de los enemigos de Sócrates, de los enemigos de Cristo, de los enemigos de Colon, de los enemigos de Galileo, de los enemigos de Washington. ¿Pues, qué, entre ser el eterno buitres que roe las entrañas del génio, ó ser el génio que robó el fuego del cielo, por comodidad os alegraríais de ser el buitre? Yo quiero ser odiado por los enemigos del progreso: yo, en nombre de la filosofía, pido la enemis-

tad de los enemigos de la razón humana; yo, en nombre de la libertad, pido el odio de los enemigos de la democracia. Comprendamos el odio de los que se sienten vencidos; siendo caritativa compadezcamos su impotencia. Nada me estraña; ni siquiera la guerra de los que se han llamado siempre amigos del progreso. Respetemos la miopía que Dios ha puesto en cada generación para obligarla á que deje á la generación siguiente algo que hacer en la grande obra de la idea. Nosotros, que si tenemos vida hemos de ver la libertad triunfante, seremos conservadores á los ojos de nuestros hijos, y reaccionarios á los ojos de nuestros netezuelos. El hombre no puede medir nunca las consecuencias de las ideas. Platon no creia que pudiera acabar la esclavitud, cuando la esclavitud no tenia razón despues que Platon proclamó la unidad del espíritu y la unidad de Dios. Los primeros cristianos, casi todos milenarios, creian que Cristo habia venido á destruir la tierra, que esta no podia durar sino hasta el año mil, cuando entónces comenzaban las consecuencias de la redención. Los filósofos del siglo décimo-octavo escribian como si la monarquía absoluta fuese un principio inconcuso, y eterna la esclavitud de América. Voltaire saluda á los reyes como dioses; Rousseau cree imposible destruir las monarquías. No importa. La realidad es el velo que nos cubre lo ideal. La sibila de Cumas no alcanza nunca la realización de sus oráculos; Moisés no entra en la tierra prometida; los hebreos no conocen el Mesías que habian traído con sus oráculos; Colon espira sin saber que ha encontrado un Nuevo Mundo; y Mirabeau rendido de fatiga cae en el sepulcro antes de que caiga la monarquía, pulverizada por el rayo de su palabra. Los hombres no alcanzan á medir nunca las consecuencias de sus ideas; solamente Dios que rige toda la historia puede medirla. Yo de mí sé decir que tengo una fé constante, á pesar de los vicios y flaquezas de la generación á que pertenecemos, tengo una fé constante, inquebrantable en sus grandiosos destinos. Nuestros abuelos en la guerra de la independencia nos dieron la patria, primera condicion de toda vida; nuestros padres en la guerra civil nos dieron la libertad política, segunda condicion de la vida; yo espero que cuando vuelva á sentarme otro día en este sitio, podré saludar diciendo, gozamos lo que aún faltaba, la libertad de pensar, vemos en ella crecido de nueve el espíritu; ya tenemos derecho á descansar en paz, seguros de las bendiciones de la historia. El esfuerzo es corto, y la víctima grande. Mirad lo que sucede en el Norte, ejemplo que no debe caer de nuestros labios porque debe quedar impre-

so indeleblemente en todos los corazones. Mirad cómo pelean los hijos de Polonia. Solos, vendidos por la diplomacia, maltratados por los reyes, desoidos de Francia que tanto les debe, abandonados de la Iglesia, por cuya libertad pelean; sucumben, mueren, y al caer delante de aquellos ejércitos de cosacos esclavos, movidos como tristes máquinas de matanza por el tirano que se sienta sobre catorce naciones degolladas, les gritan estas palabras sublimes: peleamos por la libertad y por la vuestra; grito que deben repetir todos los soldados de esta inmortal cruzada del derecho contra la tiranía, próxima á clavar su estandarte en el negro alcázar, donde se anidan todos los errores, y á libertar al mundo. En ese día España, esta nación que tanto amamos, la que salvó á Europa de las razas árabes y africanas; la que descubrió el Nuevo Mundo; la que impidió en Bailen, en Zaragoza y en Gerona que la Europa moderna cayera en el cesarismo; al alzar con sus grandes caracteres la libertad, realiza una de las mas bellas armonías de la historia y será una de las primeras naciones de la tierra.—He dicho.

APENDICE.

Dos ideas capitales hemos sostenido en los cuatro tomos de nuestras lecciones, que ahora terminamos. Es la primera, que el Cristianismo representa el ideal religioso de la democracia moderna. Sobre esta idea, que vertí en la primera de mis lecciones, se originaron ardientes debates, que ha venido á esclarecer el libro que la explica, y que reproduzco aquí. La segunda idea, es la libertad de la Iglesia; pero sobre ella daré luego grandes ampliaciones. Mientras tanto, el que desee ver reproducida la idea capital de mi libro, puede y debe leer los siguientes artículos, escritos por el Sr. D. Juan Valera, y contestados por mí.